

Universidad Teológica Del Caribe
Escuela Graduada Dra. Luz M. Rivera Miranda
TH 619.773 – Historia del Pensamiento Cristiano I
Profesor: Dr. Carlos R. Colón

¿Cómo la Iglesia ha defendido la fe cristológica en sus primeros 15 siglos?

Por: José Miranda

Introducción

La historia de la Iglesia en sus primeros quince siglos no puede entenderse sin reconocer que la cuestión de la persona y obra de Jesucristo estuvo en el centro de casi todas las controversias teológicas. Este período se caracterizó por la formación de credos, la celebración de concilios y la redacción de tratados apologéticos y teológicos que buscaban proteger la fe frente a desviaciones doctrinales. Las discusiones no eran meramente académicas, sino profundamente pastorales, ya que de la claridad sobre la identidad de Cristo dependía la comprensión de la salvación misma.

El presente ensayo examina tres figuras clave: Justino Mártir, Atanasio de Alejandría y Agustín de Hipona. Cada uno vivió en contextos diferentes, enfrentó retos específicos y elaboró argumentos que no solo respondieron a su tiempo, sino que también han dejado un legado duradero para la Iglesia universal.

Contexto histórico-teológico

El cristianismo nació en el seno del Imperio Romano, en un ambiente pluralista y, muchas veces, hostil. Durante los tres primeros siglos, la Iglesia fue una comunidad perseguida, acusada de prácticas inmorales y de ser enemiga del Estado. La apologética cristiana tuvo, en ese tiempo, un doble objetivo: responder a las acusaciones y presentar la fe como la verdadera filosofía que otorgaba sentido y moralidad a la vida humana.

A partir del siglo IV, con la legalización del cristianismo bajo Constantino, los desafíos cambiaron. Las herejías internas comenzaron a tener mayor visibilidad e influencia.

Cuestiones como la relación entre el Padre y el Hijo, la naturaleza de Cristo o el papel de la gracia en la salvación se convirtieron en debates centrales que dividieron comunidades

y motivaron la convocatoria de concilios ecuménicos. La unidad doctrinal era fundamental no solo para la vida interna de la Iglesia, sino también para su testimonio al mundo.

Justino Mártir: el puente entre la filosofía y la fe

Justino, nacido en Samaria alrededor del año 100 d.C., fue un filósofo que, tras un largo camino intelectual, encontró en Cristo la Verdad que buscaba. En su Primera Apología, escrita hacia el año 155, expuso ante las autoridades romanas que el cristianismo no era una superstición irracional, sino la culminación de toda verdadera filosofía. Utilizó el concepto griego de Logos para explicar que Cristo es la Razón eterna, preexistente y encarnada, por medio de la cual Dios creó y sostiene el universo.

Su defensa de la cristología se basó en la afirmación de que Jesús es el cumplimiento de las profecías veterotestamentarias y que su encarnación revela plenamente la naturaleza de Dios. Además, Justino desarrolló una visión inclusiva del conocimiento, argumentando que todo lo verdadero en la filosofía pagana era una preparación para el evangelio. De esta manera, ofreció un modelo de diálogo entre fe y cultura que sigue siendo inspirador hoy.

Justino fue ejecutado en Roma alrededor del año 165, y su martirio confirmó que su apologética no era un mero ejercicio intelectual, sino una convicción vivida hasta las últimas consecuencias.

Atanasio de Alejandría: el campeón de la ortodoxia contra el arrianismo

A comienzos del siglo IV, el presbítero Arrio enseñaba que el Hijo de Dios era una criatura, la más excelsa de todas, pero no coeterno ni consustancial con el Padre. Esta enseñanza ponía en riesgo la salvación, ya que, como Atanasio insistió, solo Dios puede

salvar. Si Cristo no es plenamente Dios, su sacrificio carece del poder redentor necesario para reconciliar al hombre con Dios.

Atanasio, como obispo de Alejandría, se convirtió en el principal defensor del término *homousios*, adoptado en el Concilio de Nicea (325), que afirmaba que el Hijo es de la misma esencia que el Padre. Su tratado *Sobre la Encarnación del Verbo* explica que la encarnación no fue una simple manifestación temporal, sino la unión real de la divinidad y la humanidad en la persona de Jesús.

La defensa de Atanasio no estuvo exenta de consecuencias: fue exiliado cinco veces debido a intrigas políticas y presiones arrianas. Sin embargo, su perseverancia aseguró que la doctrina trinitaria quedara firmemente asentada en la Iglesia. Su vida muestra que la defensa de la fe a menudo requiere paciencia, sacrificio y la disposición a sufrir por la verdad.

Agustín de Hipona: la defensa de Cristo ante el pelagianismo

En el siglo V, la Iglesia enfrentó la enseñanza de Pelagio, quien negaba el pecado original y afirmaba que el ser humano podía obedecer perfectamente a Dios sin la ayuda de la gracia divina. Aunque el debate parecía centrarse en la antropología teológica, Agustín entendió que estaba en juego la obra de Cristo. Si el hombre puede salvarse por sí mismo, entonces la encarnación y el sacrificio de Jesús no son necesarios.

En sus escritos *De la gracia de Cristo* y *De la naturaleza y la gracia*, Agustín defendió que toda la humanidad está marcada por el pecado de Adán y que solo la gracia gratuita de Dios, recibida mediante la fe en Cristo, puede restaurar al ser humano. Para él, la encarnación era la intervención directa de Dios para sanar una naturaleza humana incapaz de regenerarse por sus propias fuerzas.

Agustín combinó aguda reflexión filosófica con un profundo sentido pastoral, influenciando no solo la teología occidental, sino también la espiritualidad y la vida eclesial por más de mil años.

Pertinencia actual de sus defensas

El legado de estos tres exponentes sigue vigente en un mundo marcado por el relativismo, el sincretismo religioso y la creciente presión para diluir la singularidad de Cristo. Justino nos enseña a dialogar con la cultura sin sacrificar la verdad; Atanasio nos recuerda que la identidad divina de Jesús es esencial para la salvación; y Agustín nos confronta con la necesidad absoluta de la gracia en un tiempo que exalta la autosuficiencia humana. Hoy, la Iglesia enfrenta desafíos como la teología liberal que minimiza la divinidad de Cristo, movimientos que reinterpretan el evangelio en clave meramente social y corrientes espirituales que mezclan doctrinas incompatibles. En todos estos contextos, la defensa cristológica requiere la misma combinación de claridad doctrinal, valentía personal y sensibilidad pastoral que mostraron estos hombres.

La defensa de la fe cristológica en los primeros quince siglos fue una tarea monumental que sentó las bases para toda la teología posterior. Justino, Atanasio y Agustín no solo respondieron a errores concretos, sino que articularon de manera sólida y perdurable el corazón del evangelio: que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, el único mediador entre Dios y los hombres. Su ejemplo invita a los creyentes de hoy a sostener la fe con inteligencia, convicción y amor, recordando que la verdad de Cristo no es una mera construcción humana, sino la revelación misma de Dios para la salvación del mundo.

Bibliografía

González, Justo L. Historia del pensamiento cristiano. Vol. 1. Miami: Editorial Unilit, 2003.

Justino Mártir. Primera Apología. Trad. española. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.

Atanasio de Alejandría. Sobre la Encarnación del Verbo. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1994.

Agustín de Hipona. De la gracia de Cristo y del pecado original. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2005.